

Entrevista con Julio Caro Baroja

Luis Bodelón

Manuscritos, cartas, dibujos, pinturas, fotografías, libros y otros recuerdos ofrecían testimonio recientemente, en las salas del madrileño Centro Cultural Conde Duque, de la vida y obra de un hombre singular. Quienes lo conocimos atesoramos en la memoria fugaces pero inolvidables momentos. Aquella tarde en el Ateneo, en 1987, cuando, tras una conferencia sobre «La Romanización en Vasconia», abierto el turno de preguntas, dirigió sus ojos al público mostrando una mirada penetrante, enérgica, dispuesta a atrapar al vuelo cualquier comentario. Fue un momento de silencio. Un hombre solo. Un auditorio. Pero aquella mirada nos interrogaba a todos no únicamente desde el presente, aquí y ahora, sino desde los muchos presentes, los muchos allí-entonces, que había descubierto el tema de la conferencia. Unos segundos. Una mirada recorriendo la sala. Y la confianza cierta de que la Historia, allí, ahora, podía abrir innumerables puertas a través de don Julio Caro Baroja.

Explorador del pasado en tantas facetas de la Historia, desde la antropología, la arqueología, el trabajo de campo, la etnología, epigrafía, toponimia, arquitectura y tecnología popular, etc., la obra de Caro Baroja es signo de labor amplia, profunda, crecida durante años de consideración atenta de hechos, documentos, fuentes. Lo histórico, que es devenir humano, exige una mirada especialmente alerta, fría, desapasionada, para sostener el equilibrio entre hecho e interpretación, para mantenerse a distancia, incluso, de la interpretación. Una mirada minuciosa, meticulosa, de investigador, para apartar quintaesencia de fárragos. Puede ser posible deducir necesidades, motivos, pasiones, prejuicios, sinrazones, sí, pero hay que tener cuidado con el mundo histórico en que se dan los hechos. «El investigador puede no salirse de su época. El problema es no confundir la medida con lo que se mide», apunta Caro. «Hay que tener una perspectiva, analizar el pasado, cómo es, más que como se ve. Yo sigo el criterio de la Morfología, o sea, el de clasificar y ordenar desde los aspectos concretos, desde lo

que está entre las manos. No quiero confundir el problema de la forma con el de la interpretación, porque si no se corre el peligro de mezclar los criterios psicológicos con los datos objetivos. Por ejemplo, en el Carnaval. No es lo mismo la Bacanal Griega que el Carnaval Medieval o una Fiesta Primitiva de desorden»¹.

Sus comentarios, aclaraciones, notas, apartan de las ideas generales y hacen reconocer lo particular y singular, el hecho vivo mismo, sin adscripción a teoría, ideología o sistema. El dato mínimo, la olvidada anécdota, los afanes honestos, rocambolescos o taimados de los hombres, pasan por su pluma dando cabal cuenta de posturas e imposturas, luces y sombras, en el teatro del mundo.

La Historia como representación. La Historia como narración. «Pero, ¿qué sentido le da usted a la narración, si no hay uno, si hay cientos de géneros de narración posibles...?»²

Una historia distinta para el labrador, el marinero o el rey. Para el pastor, el inquisidor o el soldado. Para el cristiano, el morisco o el judío. Para Santa Teresa o Voltaire.

¿La Historia? «Una representación del pasado. Muchas representaciones del pasado. Miles de representaciones del pasado», decía don Julio en entrevista del cinco de febrero de 1988, en Madrid.

Seguidamente, aquella entrevista, que permanecía inédita, nos acerca de nuevo, por un momento, a la personalidad y obra de Caro Baroja.

—*Historiador, antropólogo, etnólogo, biógrafo, lingüista, ensayista... ¿Con cuál de estas facetas se identifica usted más? ¿Las agruparía, quizá, bajo un denominador común?*

—Pues, en realidad, yo ahora creo que hago más trabajos de historia y algo de ensayo que de etnología y antropología. Es decir, que a lo largo de mi vida, que ya no es corta, he tenido intereses distintos. Comencé teniendo un interés muy fuerte por la etnografía, los pueblos, sus costumbres. El calificativo de antropólogo siempre me ha parecido excesivo, ser especialista en el hombre es mucho decir. Lo que ahora se llama antropología cultural o social es una parte muy pequeña del conocimiento del hombre y se achica más todavía en la enseñanza universitaria. Lo que resulta claro es que todas estas áreas son ciencias

¹ *Entrevista con Julio Caro Baroja. Luis Bodelón, 1986.*

² *Idem.*

humanísticas, que no son ni física ni matemáticas, ni tampoco tratan de las mismas materias. Más que seguir un método, en los temas que me he ocupado, aunque variados, hay coherencia.

—*¿Cuáles de sus trabajos le han resultado más curiosos o atractivos, más sorprendentes para usted mismo?*

—Yo diría que hay libros que he escrito un poco de encargo y cuyo resultado me sorprende porque los encuentro muy exteriores a mí mismo, como en una nebulosa. El libro, por ejemplo, de *Estudios Saharianos* me parece escrito por otra persona. Otros trabajos los comencé con mucho entusiasmo, pero finalmente me produjeron una gran desolación, como en el libro sobre los judíos, cuyo contenido me ocupó tres años y acabó siendo para mí una tristeza. Luego están los libros de memorias que, al haberse escrito en etapas distintas, revelan muchos aspectos que hoy día tampoco tienen a lo mejor mucha significación y se pierden en un pasado.

—*En su actividad como investigador, ¿distinguiría diferentes etapas o períodos?*

—Sí, sí, claro. Yo puedo considerar que hay una primera de aprendizaje, entre el año 30 y 44-45. Son quince años muy complicados, es el unir las curiosidades personales con seguir una carrera un poco rígida, con materias que no le interesan a uno. Luego la crisis enorme de la guerra civil, que nos ha deformado a todos los que pasamos por ella; seríamos otros completamente distintos sin la guerra. Luego viene la postguerra y, a partir del 50, van desapareciendo parientes, se trata de una liquidación generacional. Después, desde el 57, viene una época de reorganización en la familia, de cierta tranquilidad. Del 73 en adelante es un momento de tránsito, en que se pasa de la madurez a la vejez. Es como un acto final de la vida, por mucho uno sepa que está vivo, o que las facultades mentales se van a conservar, ya se sabe que todo es muy limitado. En la juventud uno piensa en detalles y cosas pequeñas y, después, uno se da cuenta de lo relativo del valor de hechos concretos investigados en pequeño.

—*¿Quiénes diría que han sido sus maestros?*

—Hay maestros oficiales y otros en el sentido más grande de la palabra. Yo siempre digo que los maestros los he tenido en casa, con mis tíos Pío y Ricardo, en mi propia familia. Luego, en la Universidad de Madrid, tuve algunos maestros buenos, como Obermaier, Millares, García de Diego. En el Instituto estudié con don Francisco Barnes. Fuera de instituciones, Barandiarán, Aranzadi, fueron personas que me atendieron mucho y con las que tengo una deuda. Hoy día existe cierta costumbre a anular el trabajo de los predecesores.

—*¿Cómo ve la leyenda de hombre rebelde, de solitario, que ha circulado en torno a Pío Baroja?*

—Eso son tópicos. En España la gente es muy aficionada a saber de una persona sólo por adjetivos. Se dice que mi tío tenía mal carácter, pero la fama es una cosa y la realidad otra. Eso de no comulgar con ruedas de molino aquí molesta mucho. En la juventud uno es más áspero, más rebelde. Mi tío, de mayor, era muy suave, con una tranquilidad de ánimo ante todo, ante la muerte, enorme.

—*A nivel de inquietudes personales, de atmósfera cultural, ¿cómo ve el momento actual de nuestro país?*

—Creo que hay posibilidades económicas para trabajar, para viajar, para conocer el mundo, mucho más que nunca. Desde el punto de vista público hay muchas oportunidades. A nivel de personas, sin embargo, no existen quizá tantas figuras como en otros tiempos. Hay un amaramiento mental de creer que el pensamiento tiene que estar en contacto con ciertas ideologías. Ahora está el tópico de que el intelectual tiene que ser una especie de santón de la izquierda. La izquierda, el progreso, son muchas veces palabras con un contenido que no corresponde a lo que existe.

—*Hagamos una pequeña cala en sus hábitos de escritor. ¿Prefiere manejar uno u otro papel? ¿Algún tipo de pluma, lápiz o bolígrafo? ¿Fuma? ¿Toma té o café? ¿Suele pasear?*

—Yo escribo a mano, en cuartillas, y con un bolígrafo azul o negro (Stabilo). No fumo. Salvo a la hora de comer, en que suelo tomar cerveza, el resto del día lo que más bebo es agua, pero no licores ni otro